

Rodó-Montalvo, paradigmas intelectuales del siglo XIX

*Rodó-Montalvo, intelectual paradigms
of the XIX century*

GALO GALARZA DÁVILA

Escritor y crítico ecuatoriano

<https://doi.org/10.32719/13900102.2017.42.1>

Fecha de recepción: 29 de junio de 2017

Fecha de aceptación: 17 de agosto de 2017

Licencia Creative Commons



RESUMEN

En el centenario de la muerte del escritor uruguayo José Enrique Rodó, el autor rememora la relación que tuvo con el escritor y polemista ecuatoriano Juan Montalvo. Los presenta a ambos como los escritores más destacados del siglo XIX en sus respectivos países, como ejemplos paradigmáticos del intelectual comprometido con su tiempo. Ahonda en el pensamiento de estos autores que tienen singular vigencia en nuestros días. Un ensayo desmitificador y exaltador, a su vez, de la vida y obra de estos brillantes autores latinoamericanos que murieron lejos de sus países, en la pobreza y el olvido.

PALABRAS CLAVE: Rodó, Montalvo, siglo XIX, arielismo, Ecuador, Uruguay, intelectuales, compromiso, política.

ABSTRACT

In the centenary of the death of Uruguayan writer José Enrique Rodó, the author recalls the relationship he had with the Ecuadorian writer and polemicist Juan Montalvo. He presents them both as the most outstanding writers of the 19th century in their respective countries, as paradigmatic examples of the intellectual committed to his time. He delves into the thinking of these authors who have unique validity in our days. A demystifying and exalting essay, in turn, of the life and work of these brilliant Latin American authors who died far from their countries, in poverty and oblivion.

KEYWORDS: Rodó, Montalvo, 19th century, arielismo, Ecuador, Uruguay, intellectuals, commitment, politics.

EL 1 DE mayo de 2017 se conmemoró el centenario de la muerte de José Enrique Rodó, autor emblemático que nació en Montevideo el 15 de julio de 1871 y murió en Palermo, Italia, en 1917, cuando apenas tenía 46 años de edad. En su corta vida, sin embargo, dejó una impronta en la cultura hispanoamericana que lo volvió un autor de obligada referencia. Por este motivo, varias instituciones gubernamentales, académicas e intelectuales del Uruguay, desde el Congreso de la República hasta las universidades y centros uruguayos, organizaron una serie de eventos a lo largo de todo 2017.

Gracias a la invitación de la Facultad de Humanidades de la Universidad de la República, de la ciudad de Montevideo, presenté este texto como un homenaje a su memoria y al de su admirado par intelectual, el escritor ecuatoriano Juan Montalvo. A ambos autores los considero, además, dos símbolos de los países donde nacieron y de los cuales se alejaron para morir tempranamente en la pobreza y el abandono en ciudades europeas. Estoicismo o heroísmo romántico, en la forma de vivir y de morir, a lo Lord Byron, a lo Simón Bolívar, a lo José Gervasio Artigas.

Rodó no conoció personalmente a Montalvo, quien nació el 13 de abril de 1832 en Ambato (una entonces pequeña ciudad andina del Ecuador, ubicada en el centro del país) y murió en París, el 17 de enero de 1889, pero sí lo escogió entre sus autores preferidos, entre las mayores referencias morales de Nuestra América, para escribir uno de sus ensayos más lúcidos, más literarios y más entusiastas. Fue, por consiguiente, su gran apologista, su exégeta. Las páginas que Rodó dedica a Montalvo en su ensayo publicado en *Motivos de Proteo*, revelan esa profunda admiración:

La literatura de Montalvo –dice– tiene asentada su perennidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino en el valor de la nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí. Pocos escritores tan apropiados como él para hacer sentir la condición reparadora y tonificante de las buenas letras. Su amenidad, su deleitoso halago, están impregnadas de una virtud más honda, que viene del innato poder de simpatía y del ritmo enérgico y airoso de la vida moral.¹

Por eso he seleccionado a estos dos autores (Rodó y Montalvo) como una especie de paradigmas de lo que fueron los escritores latinoamericanos en el siglo XIX: románticos en sus inicios, modernistas y positivistas después, pero al mismo tiempo profundamente comprometidos con el devenir político de sus pueblos. Ambos (Rodó y Montalvo) debieron salir de sus países de nacimiento, bien huyendo de la mediocridad del medio o de la persecución de las feroces dictaduras gobernantes para radicarse en Europa, donde murieron, como he dicho, en la pobreza y el olvido. Su estatura moral e intelectual, sin embargo, fue acrecentándose con el pasar del tiempo hasta convertirse en verdaderos símbolos de sus países. Rodó puede representar perfectamente a Uruguay y Montalvo al Ecuador, como sus máximos referentes intelectuales del siglo XIX. Los dos encarnan, también, de alguna manera, lo que son esos (nuestros) países iberoamericanos, los más pequeños territorialmente de Sudamérica, ambos con historias parecidas de cercenamiento territorial y de lucha por sobrevivir en medio de sus poderosos vecinos, ambos con historias llenas de caudillos y dictadores y mártires. Ambos con el propósito común de salir adelante sorteando las murallas que nos crecen desde dentro y desde fuera.

1. José Enrique Rodó, *Motivos de Proteo. Montalvo*. En selección realizada por Emilio Oribe, en su libro *Rodó. Estudio crítico y antología* (Buenos Aires: Losada, 1971), 133.

Ese gran prosista que fue el mexicano Alfonso Reyes reunió en un libro titulado *Pasado inmediato* a los que él consideraba los intelectuales más representativos de sus países en el siglo XIX: Andrés Bello (Chile), Domingo F. Sarmiento (Argentina), Juan Montalvo (Ecuador), Eugenio María de Hostos (República Dominicana), José Martí (Cuba), Justo Sierra (México) y José Enrique Rodó (Uruguay).² Todas las antologías son, como sabemos, “antojías”, o sea frutos del antojo, y dejan fuera a muchos que debieron estar e incluyen a otros que debieron salir (ya sabemos lo que ocurrió años más tarde con los llamados “escritores del *boom*”, donde se quedaron fuera escritores de la talla de Juan Carlos Onetti o Jorgenrique Adoum);³ sin embargo, en el caso de Ecuador y Uruguay, creo que Reyes acertó plenamente, pues Montalvo y Rodó fueron, sin duda, los escritores más representativos de sus países en el siglo XIX.

Ambos fueron críticos de sus sociedades, ambos combatieron, a su manera, a los regímenes o sistemas políticos que gobernaron en aquellos tiempos Uruguay y Ecuador. Montalvo tuvo como flanco de ataque a los dictadores Gabriel García Moreno e Ignacio de Veintemilla, el uno teócrata, el otro tirano de ideas liberales pero de comportamiento conservador, cuando no reaccionario y ultramontano. Rodó se enfrentó a su mismo partido (Colorado) del cual formó parte y llegó a ser incluso parlamentario, cuando este quiso aplicar ideas retrógradas o abusivas como prohibir que se exhiban crucifijos en los hospitales públicos o cuando cayó en la prédica violenta y guerrillera.

Curiosamente –y venga otra coincidencia–, tanto Ecuador como Uruguay nacieron a la vida independiente como repúblicas en el año 1830, o al menos adoptaron ese año sus primeras constituciones (que es como decir sus partidas de nacimiento político). Son países, pues, con vida política independiente de apenas 187 años (menos de dos siglos). Ecuador se separó de la Gran Colombia (entidad constituida por Simón Bolívar que abarcaba las ac-

-
2. Alfonso Reyes, *Pasado inmediato. Obras completas, XII* (México: Fondo de Cultura Económica, 1960), 242. Citado por Belén Castro en su prólogo al libro *Ariel* de José Enrique Rodó, publicado en la colección Letras Hispánicas (Madrid: Cátedra, 2009), 26.
 3. Al respecto, cabe mencionar que en 2017 ganó el premio al mejor largometraje iberoamericano en el Festival Cinematográfico Internacional de la Cinemateca de Montevideo, la película ecuatoriana *Un secreto de la caja*, del realizador Javier Izquierdo, en la cual se hace una sátira sobre los escritores que no entraron al llamado *boom*. Se crea una burla-ficción sobre el inexistente escritor ecuatoriano Marcelo Chiriboga, inventado por los narradores José Donoso y Carlos Fuentes. Ver los excelentes artículos que publicaron al respecto Rosalba Oxandabart y Carlos Franz en el semanario *Brecha*, del 28 de abril de 2017.

tuales repúblicas de Panamá, Venezuela, Colombia, además de Ecuador que, dentro de esta entidad político-administrativa se denominaba *Departamento del Sur*). Uruguay o la República Oriental del Uruguay, por su parte, se independizó del Imperio brasileiro, donde se llamaba *Provincia Cisplatina*. Ambos países introdujeron en sus nombres, como se ve, elementos geográficos (nombres de ríos o líneas de paralelo), ambos tuvieron como primeros presidentes a militares, ambos tenían en esa época una población mayoritariamente rural,⁴ ambos se embarcarían pocos años después en espantosos conflictos civiles y en luchas con sus vecinos por definir sus territorios.

En esos espacios geográficos de América del Sur es que nacieron Juan Montalvo (en 1832, apenas dos años después de establecida la República del Ecuador), casi nacieron juntos república y escritor, y José Enrique Rodó cincuenta años después de que naciera la República Oriental del Uruguay. Ambos abrazaron ideas románticas y liberales desde muy temprano. Ambos utilizaron la prosa (o el ensayo) como medios de expresión intelectual. Ambos estuvieron dotados de un talento singular para expresar sus ideas con elegancia y fuerza, que estuvo acompañado, además, de una admirable erudición. Leídos no obstante sus libros ahora, en el siglo XXI, después de que hemos pasado por las lecturas de escritores con prosas tan audaces como las del cubano Guillermo Cabrera Infante, el argentino Julio Cortázar, el chileno Roberto Bolaño o el colombiano Gabriel García Márquez (el del *General en su laberinto*), sus textos (los rodosianos y montalvinos) nos parecen, hoy, algo almibarados, demasiado anticuados, llenos de latinajos o demasiadas referencias a dioses del Olimpo. Sin embargo, el momento en que fueron publicados sin duda causaron sonados entusiasmos y aplausos de muchos intelectuales importantes de la época, desde Unamuno hasta Rubén Darío, desde Pardo Bazán hasta Zaldumbide.⁵ Mario

-
4. En 1830 la población en la naciente República Oriental del Uruguay era de 74.000 personas en todo el territorio nacional. 20% residía en Montevideo y 80% en el interior. Ver *El perfil uruguayo y su historia*, Nancy Pontet Portsher, edit. (Montevideo: Fin de Siglo, 2003), 135.
 5. Gonzalo Zaldumbide (1884-1965). Escritor y diplomático ecuatoriano, dedicó amplios estudios a Rodó y Montalvo. Su libro sobre el uruguayo: *José Enrique Rodó, su personalidad y su obra*, fue publicado en Montevideo por Claudio García editores, en 1944. "Sobre el más ilustre de los escritores ecuatorianos, José Enrique Rodó compuso, dice Zaldumbide, en hora, rara en él, de nostalgias y como de resarcimiento, aquel elogio estatuario, que América reputa como el mejor monumento a la gloria del hijo de Ambato. Este soberbio trozo ahí está, incólume a las veleidades de la opinión y del tiempo. Y nada en honor de Montalvo, más justo que encarecer, la lectura de esas páginas del maestro uruguayo" (prólogo a la selección sobre Montalvo que hizo para la Biblioteca Ecuatoriana

Benedetti, en un interesante estudio que escribió sobre Rodó y que perfectamente también aplica para Montalvo, dijo:

La peor injusticia que puede cometerse con Rodó, es no ubicarlo, al considerar y juzgar su obra, dentro de un proceso histórico. Hoy resulta tarea fácil [dice más adelante] detenerse en las carencias de Rodó, en sus miopías, en sus dictámenes fallidos, en sus pronósticos errados, en las amplias volutas de su estilo, tantas veces desprovisto de calidez. Hoy resulta sencillo indicar qué caminos debió haber seguido, en qué bifurcación se equivocó. Pero no hay que olvidar que en muchos de los temas que trató, Rodó abría la primera brecha.⁶

Ambos tuvieron padres españoles que emigraron a América en busca de mejor destino (el de Rodó catalán, el de Montalvo andaluz) y madres criollas. Ambos eran físicamente altos, de figuras desgarbadas y rostros picados (por la viruela el uno, por la miopía el otro), prematuramente envejecidos, Montalvo un poco cojo (llevó consigo siempre un bastón), Rodó un tanto jorobado (o al menos eso se desprende de las descripciones que hicieron de él sus contemporáneos). Juan Montalvo hizo gala de su nombre y ejerció un cierto donjuanismo (tuvo hijos con una ecuatoriana y con una francesa aparte de otros sonados amoríos),⁷ Rodó más bien fue ascético y poco se conoce de sus escarceos amorosos. Benedetti dice que la soledad fue una característica en su vida.⁸ Ambos cristianos, profundamente admiradores del *Maestro*, como llamaban a Cristo, pero no practicantes y más bien críticos de la iglesia oficial católica. Los libros de Montalvo incluso fueron prohibidos por el Vaticano, los colocó en el *index* de los libros blasfemos, particularmente *La Mercurial Eclesiástica*, en el cual reniega de los obispos-avispas. Ambos querían dirigir sus escritos a la juventud (en la cual veían la esperanza de los pueblos jóvenes donde nacieron). El *Ariel* de Rodó es una invocación a la juventud de

Mínima, Quito, 1960). Zaldumbide, en su libro sobre Rodó, escribió lo que le faltó escribir a Montalvo sobre el gran autor uruguayo. Un escritor ecuatoriano del siglo XX suplió así el silencio del gran autor ecuatoriano del XIX. "Por lo mismo cuando hallamos un Rodó, superior a todas las modas, exento de vanidades, con dominio acabado sobre cuanto contribuye al realce de su aptitud natural, reconocemos en él —concluye Zaldumbide— un perfecto ejemplar de lo que queremos ser, de lo que vamos siendo". (Ibíd., 18 y 19).

6. Mario Benedetti, *Genio y figura de Rodó* (Buenos Aires: Eudeba, 1966), 99.
7. Sobre este aspecto de la vida de Montalvo vale conocer el libro del cubano Alejandro Querejeta Barceló, *Anhelo que esto no sea París*, publicado recientemente por la editorial Seix Barral, Bogotá, 2016.
8. Ibíd., 17.

comienzo a fin. Y, sin duda, que la juventud de América le fue receptiva y también le llamó *Maestro*:

“Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada”, dice.⁹

El libro mismo (uno de los alegatos más bellos escritos en lengua castellana) está dedicado: “A la juventud de América”.

Montalvo decía: “Desgraciado el pueblo donde la juventud no haga temblar al tirano”.

Ambos veían a la América Latina como la Patria Grande, particularmente Rodó fue en ello más categórico y dedicó muchas páginas de su libro *El mirador de Próspero* y en el mismo *Ariel*¹⁰ para plantear esta tesis. Rodó era cauto en el enfrentamiento con sus adversarios. Montalvo era feroz, un extraordinario insultador. Cuando murió asesinado en Quito el tirano Gabriel García Moreno, exclamó: “Mi pluma lo mató”. Unamuno decía por ello que lo mejor de Montalvo eran sus insultos.¹¹ Rodó tiene un estilo más tranquilo, más sosegado, casi conciliador, pero cuando quiere apuntalar una idea lo hace con gran fuerza y elegancia. En su libro más celebrado, *Ariel*, tiene páginas contra el utilitarismo (capitalismo salvaje, se diría ahora) que perfectamente habrían podido ser escritas para el momento actual, parecen un retrato de un conocido gobierno del norte:

La influencia de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *truts*, monopolizadores de la producción y la vida económica, es sin duda, uno de los rasgos más merecedores de interés en la actual fisonomía del gran pueblo. La formación de esta plutocracia ha hecho que se recuer-

9. José Enrique Rodó, *Ariel* (Buenos Aires: Austral, 1949), 29.

10. El *Ariel* de Rodó, como bien señala Belén Castro en el excelente estudio introductorio que publicó Cátedra de Madrid, fue un ensayo crucial en varios aspectos: “Se publicó en 1900, cuando expiraba el siglo en que se gestó el concepto y el nombre de América Latina y cuando, tras la independencia y la dificultosa delimitación de las nacionalidades que hoy conocemos, se afrontaba la doble tarea de definir una identidad cultural y lanzar a las jóvenes sociedades a su modernización” (Ibíd., 11).

11. “Cogí *Las Catilinarías* de Montalvo –dice Unamuno– pasé por lo excesivamente literario del título ciceroniano...y empecé a devorarlas. Iba desechando literatura erudita; iba esquivando artificio retórico. Iba buscando los insultos ¡sí! los insultos, los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo”. “Mi nombre está grabado en mis flechas –decía Montalvo– y con ellas en el corazón mueren tiranos y tiranuelos: díganlo García Moreno y *El Cosmopolita*; díganlo Antonio Borrero y *El Regenerador*. ¿Lo dirán también Ignacio de Veintemilla y *Las Catilinarías*”. Citado por Juan Valdano, en su artículo inédito “El insultador indignado”.

de, con muy probable oportunidad, el advenimiento de la clase enriquecida y soberbia que en los últimos tiempos de la república romana es uno de los antecedentes visibles de la ruina de la libertad y la tiranía de los Césares.¹²

Y en otra parte se rebela contra los pueblos y los hombres que padecen la “nordomanía”: “Es así como la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir...”¹³

Montalvo también tenía un pensamiento latinoamericanista, a la América del Sur la llamaba “Nuestra casa común”:

Por todos respectos –señaló en 1866– somos unos mismos los americanos: sangre, interés, esperanzas, historia, forman de nosotros una sola nación. La América del Sud es nuestra casa común; en ella vivimos y en ella hemos de vivir, pues, reparémosla, defendámosla”.¹⁴

Otro tema que no fue ajeno a nuestros autores es la dualidad tan mencionada en el siglo XIX de civilización y barbarie, sobre todo después de los escritos de Domingo F. Sarmiento. La civilización estaba supuestamente en Europa, la barbarie en América. Montalvo y en alguna medida Rodó se inclinaron en sus primeros escritos por esta caracterización; sin embargo, después de visitar Europa y vivir en ella tuvieron otros enfoques y otras visiones sobre esta dicotomía. “Anhele que esto no sea París”, decía Montalvo, después de haber vivido varios años en la *Ciudad Luz*, y el retrato que brinda del sur de España, en su crónica sobre Córdova, es temible: pinta a los españoles como verdaderos bárbaros que destruyeron y saquearon las mezquitas (moras). Lo mismo cuando potencias europeas intentaron recuperar sus excolonias (guerras con Chile y Perú) o invadieron países iberoamericanos (*Napoleón le petit* lanzando su ejército invasor sobre el México de Benito Juárez o Cuba luchando por su independencia de España, el último bastión que le quedaba en América), tanto Montalvo como Rodó, levantaron sus voces solidarias con los países hermanos invadidos. Montalvo condenó igualmente los intentos de Gabriel García Moreno de convertir a la República del Ecuador en un pro-

12. Rodó, *Ariel* (1943), 116 y 117.

13. *Ibíd.*, 96.

14. Citado por Arturo Andrés Roig, en su valioso libro *El pensamiento social de Juan Montalvo* (Quito: Corporación Editora Nacional / Universidad Andina Simón Bolívar, 1995), 61.

tectorado de Francia y en reprochar su apoyo a Maximiliano de Habsburgo cuando fue apresado y fusilado por Benito Juárez.

¿Y qué otro sentimiento pueden inspirar a los ciudadanos de la América libre –dice Rodó en respuesta a una carta que le envía un luchador por la independencia de Cuba– los esfuerzos del pedazo de América que aún lucha por su libertad sino el de la adhesión y el entusiasmo más sincero? A pesar de nuestras propias inquietudes, que son absorbentes y angustiosas en el momento actual, los orientales no pertenecemos indiferentes a la suerte de la heroica patria de Usted...¹⁵

Intelectuales paradigmáticos Rodó y Montalvo de un siglo que vio culminar las guerras de la independencia contra el colonialismo español y en el cual se formaron las nacientes repúblicas. Un siglo de interregno, como dice el filósofo argentino Arturo Andrés Roig. Un siglo que fue marcado por tres etapas filosófico-políticas muy definidas: el romanticismo, el positivismo y el liberalismo. El liberalismo y el positivismo marcaron su impronta en la vida política y económica de nuestros pueblos, mientras que el romanticismo fue más determinante en el arte y la literatura y en el espíritu de los creadores.

Hay en Montalvo un romanticismo de las ruinas [dice Roig], y de la soledad, el que si bien es característico de sus escritos juveniles, habrá que dejar rastros en toda su producción literaria, aún en la más tardía; hay, al lado de aquel, un romanticismo de los actos heroicos que se expresa tanto en el rigorismo moral, como en la apología del tiranicidio. Hay, además, una profunda devoción por ciertas figuras del romanticismo europeo que le condujo, en el ocaso de ellas, a establecer relaciones de tipo personal [...]. No hay romanticismo, solo románticos [concluye Roig].¹⁶

Rodó avanzó más y sus ensayos claramente se identificaron con la corriente del modernismo:

Yo soy un modernista también, dijo, yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que partiendo del naturalismo

15. Carta de José Enrique Rodó a Rafael Merchán, citado por Belén Castro en su estudio introductorio a *Ariel*, 56.

16. Roig, *El pensamiento social de Juan Montalvo*, 35.

literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos a lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas.¹⁷

Intelectuales paradigmáticos, digo, de un siglo al que Montalvo llama “siglo monstruo”, en el cual comenzaron a aparecer en nuestro continente las lacras del colonialismo y las herencias negativas que dejó a su paso. La explotación del indio, por ejemplo, que no fue un tema ajeno ni a Montalvo ni a Rodó (“Si mi pluma tuviera el don de las lágrimas –dijo Montalvo– contaría la tragedia del indio y haría llorar al mundo”),¹⁸ Rodó, por su parte, juzgaba a los colonizadores como esos “legendarios sojuzgadores... personificación de la ejecución brutal, consumada con sacrificio del indio, que también es carne y alma de América”.¹⁹ La marginación de otros estamentos sociales, la espantosa desigualdad, la segregación, fueron también preocupación de ellos.

Pueblo, pon el oído atento [escribe Montalvo, en lo que algunos dirían apresuradamente que se trata de un manifiesto populista] se ha pronunciado tu nombre. ¿Sabes lo que eres? No la hez de la sociedad humana, como te llaman unos, ni soberano absoluto, como te dicen otros. Pueblo es el globo de la nación, separa a sus enemigos, y queda el pueblo/El tirano que se alza con la libertad de sus semejantes, y viola las leyes naturales y civiles, y persigue, y ultraja, y extermina a los hombres, no pertenece al pueblo/El impío sacerdote que cambia la misericordia en crueldad, la caridad en avaricia, en soberbia la modestia y olvidando los ejemplos del Maestro ayuda a los tiranos a oprimir al débil, no pertenece al pueblo/El juez perjuro que perverte la justicia, y en sus autos se atiende a su conveniencia, que resuelve según le sobornaron o según hablaron las preocupaciones de su clase, no pertenece al pueblo/El militar desvanecido, que anda deslumbrado con

17. Citado por Castro, en su estudio introductorio al *Ariel*, 34.

18. “¡El Ecuador ha vivido en paz! –dice Montalvo irónicamente– ¡Oh desdichada paz! ¡Oh paz vergonzosa y miserable! Esta ha sido la paz de la cárcel en donde los pobres indios tributarios gemían amontonados sufriendo el látigo de los capataces; la paz de los condenados a bóvedas; la paz de los obrajes; silencio profundo o llanto ahogado; abatimiento, miseria, terror, esclavitud”. Juan Montalvo, “Ojeada sobre América”, en *El Cosmopolita*. Libro II. Biblioteca Ecuatoriana Mínima (México: Cajica, 1960), 157.

19. “Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas hayan volado en polvo vano –dijo Rodó– solo quedará entre los hombres un título de superioridad, o de igualdad aristocrática, y ese título será el de obrero. Esta es una aristocracia imprescindible, porque el obrero es, por definición, *el hombre que trabaja*, es decir, la única especie de hombre que merece vivir [...] ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga o de la veta; ya los que cuecen, con el fuego tenaz del pensamiento, el pan que nutre y fortifica las almas”. José Enrique Rodó, “La prensa de Montevideo”, en *El mirador de Próspero. Obra completa*, 649. Citado por Castro, estudio introductorio al *Ariel*, 43.

la argentería de sus vestidos sin mirar o mirando como grande a los pequeños, que desenvaina la espada y hiere sin motivo; que sirve al déspota en sus desolaciones, no pertenece al pueblo/El que oprime, el que maltrata, el que desdenea a sus hermanos, teniendo para sí que es más que ellos, no pertenece al pueblo...²⁰

Rodó tuvo preocupaciones sobre la cuestión obrera. Montalvo fue un anticipado en temas de asociación, impulsó la creación en Ecuador de la Internacional obrera:

Las naciones europeas viven repartidas en sociedades [dijo en el discurso pronunciado en Quito en el año 1876, en la Sociedad Republicana] las hay tan respetables, que de un imperio a otro se agarran con mano fuerte, y hacen temblar a los opresores en sus tronos, unidas por medio de preciosos eslabones. La Internacional es una sociedad cosmopolita; no la temen sino los tiranos; y con justicia, porque sus estatutos y sus fines son contra la tiranía. La Internacional es sociedad universal; tiene su centro en Francia y en radios luminosos se abre paso por todo el continente... Los tiranos la difaman, porque es contra ellos, los opresores la calumnian, porque temen por sí mismos... El despotismo que es una calamidad pública; la tiranía, que es una batalla lenta y continua; la anarquía, que es un terremoto diario, no pueden hallar contrarresto sino en la reunión de los hombres de bien, en el mutuo apoyo de los ciudadanos...²¹

Con esto no quiero decir, mucho cuidado, que Montalvo o Rodó hayan sido los creadores de las tendencias socialistas en Ecuador y Uruguay, como algunos teóricos afirman con cierta prisa. Ambos escritores fueron intelectuales decimonónicos, llenos de contradicciones en algunos aspectos. Montalvo alababa la Internacional obrera pero condenaba la Comuna, por ejemplo. Rodó condenaba la nordomanía pero era un declarado admirador de los Estados Unidos. Tuvieron sí profundas preocupaciones sociales y políticas, incluso Rodó

20. "Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas hayan volado en polvo vano, dijo Rodó, solo quedará entre los hombres un título de superioridad, o de igualdad aristocrática, y ese título será el de obrero. Esta es una aristocracia imprescindible, porque el obrero es, por definición, *el hombre que trabaja*, es decir, la única especie de hombre que merece vivir (...) ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga o de la veta; ya los que cuecen, con el fuego tenaz del pensamiento, el pan que nutre y fortifica las almas". Rodó. "La prensa de Montevideo", 649. Citado por Castro, *ibíd.*, 43.

21. Juan Montalvo, "Lecciones al pueblo", en *El Cosmopolita* (Quito, número 4, del 7 de agosto de 1867). Citado por Roig, quien modernizó la ortografía del texto, 221.

llegó a militar en el Partido Colorado y a ser varias veces parlamentario, sin embargo sus preocupaciones fundamentales (tanto en Rodó como en Montalvo) fueron literarias, ellos fueron ante todo y sobre todo *escritores*. Tal vez por ello (entre muchas otras razones) su obra tenga vigencia y trascendencia. Su culto prolijo de la lengua cervantina, al punto de querer, en el caso de Montalvo, escribir los capítulos que se le olvidaron a Cervantes, utilizando el mismo estilo del Manco de Lepanto, haciendo gala de un dominio extraordinario del idioma castellano. Y, en el caso de Rodó, igual, sus ensayos tienen un cuidado y soberbio estilo. Cualquier página que abramos al azar de sus libros, particularmente de su *Ariel*, está llena de asombrosas elaboraciones gramaticales y estilísticas. Pero ni Montalvo ni Rodó eran adoradores de la palabra por la palabra, fueron ambos intelectuales, como hemos visto, que respaldaron sus palabras con un bagaje ético extraordinario. Sus vidas fueron un ejemplo de rectitud intelectual y de integridad moral. Prefirieron el exilio, la marginación, la persecución, la pobreza o el destierro, antes de transar con tiranos o gobernantes abusivos. Y los textos con los cuales expusieron sus ideas estuvieron sí armados con gran belleza y musicalidad (por el ritmo vibrante que pusieron a sus palabras).

Gonzalo Zaldumbide, en el libro que escribió sobre Rodó, al cual me he referido antes, dice acerca de su prosa:

Su verdad estaba en su belleza... y su belleza estaba en su música, música puramente espiritual, a la cual sirve apenas de leve acompañamiento el ritmo de la frase, y que proviene más bien de la armoniosa rotación de las ideas.²²

Y el propio Rodó, en su ensayo sobre Montalvo, en el cual expresa que anhela un día encontrarse con su amigo espiritual en los Campos Elíseos, donde van los inmortales para conversar, dice, sobre la “maravillosa condición y la virtud de las palabras; de la música y su son y la arquitectura de sus ordenaciones; del placer de cuando se nos rinden y el dolor de cuando nos huyen, y el don de evocar y hechizar que en sí tienen... Conversaríamos también de los heroísmos de la historia, de la vocación de la caballería y del amor de la libertad”.

Difícil saber si se encontraron Rodó y Montalvo en el más allá para conversar de estos temas, pero sí es de profunda justicia que a los cien años de la muerte de José Enrique Rodó hayamos recordado en su ciudad natal su vida y su obra, y la relación con los pensadores del siglo XIX, entre los que destacó el ecuatoriano Juan Montalvo. 📖

22. Zaldumbide, *José Enrique Rodó, su personalidad y su obra*, 101.